

Bernard BAILYN, *Los orígenes ideológicos de la Revolución norteamericana*, Tecnos, Madrid, 2012, LXV + 368 pp.

RAFAEL RAMIS BARCELÓ
Universitat de les Illes Balears

Palabras clave: Revolución americana, liberalismo
Keywords: American Revolution, liberalism

La historia de las ideas políticas del siglo XVIII ha sido, tal vez más que la del XIX, el escenario intelectual para dirimir algunas batallas del presente. Las notables diferencias entre las numerosas aportaciones bibliográficas han hecho de la segunda mitad del XVIII un terreno especialmente polémico. Por ese motivo, resulta difícil que se escriban libros que convenzan a una amplia mayoría de estudiosos y que, en pocos años, sean considerados clásicos. Éste es, sin embargo, el caso de *Los orígenes intelectuales de la Revolución norteamericana* de Bernard Bailyn, obra aparecida en 1967¹, que tuvo una versión revisada y aumentada en 1992².

Este profesor de Harvard, nacido en 1922, tuvo la brillante idea de estudiar la evolución desde 1763 hasta la independencia de los Estados Unidos a través de los panfletos y la literatura revolucionaria³. A través de una lectura diacrónica de estos materiales, el lector puede hacerse una idea cabal del proceso que permitió pasar a los colonos de su condición de súbditos británicos a ciudadanos de los recién creados Estados Unidos de América. Bailyn se centra en el proceso ideológico que ayudó a pasar desde un paradigma político presidido por la constitución no escrita a una constitución escrita y fuertemente cargada de conceptos que tenían un enorme valor simbólico en su época.

¹ B. BAILYN, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1967.

² B. BAILYN, *The Ideological Origins of the American Revolution* [Enlarged edition] Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1992.

³ En 1965, Bailyn empezó a publicar, con la ayuda de Jane N. Garrett los panfletos de la Revolución: véase *Pamphlets of the American Revolution 1750-1776*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1965.

Bailyn valora especialmente las fuentes menos conocidas que va encontrando en los panfletos. Los autores clásicos como Plutarco, Polibio, Tito Livio o Tácito eran de sobras celebrados en la época y la anterior historiografía (desde el XIX hasta poco después de la Segunda Guerra Mundial) ya había remarcado su importancia para la acuñación del léxico político norteamericano. También era conocido el ascendiente de los filósofos casi coetáneos a la época estudiada (Montesquieu, Voltaire, Locke, Hume, Pufendorf... y la influencia del *common law*, entendido en un sentido antiabsolutista y proto-democrático por autores como William Blackstone.

Tal vez el hallazgo más genuino de Bailyn fuese el de una serie de “publicistas radicales y políticos de oposición de la Inglaterra de comienzos del siglo XVIII” que prolongaron, también en un sentido antiautoritario, la tradición que emergió en la sublevación de la Guerra Civil inglesa. Dichos autores pertenecieron al llamado *Country Party*. Esta corriente está fundamentada en una constante crítica al Gobierno inglés y a sus conspiraciones para limitar la libertad de sus súbditos. No deja de ser, *mutatis mutandis*, un tema muy actual para el lector español y europeo.

Una de las tesis centrales de Bailyn es que la corriente del *Country Party* es fundamental para entender la ideología de los panfletos que acabó preñando todo el discurso revolucionario. En realidad, estos teóricos no pretendían criticar acerbamente la constitución británica; al contrario, ellos la respetaban profundamente, pero se mostraban contrarios a las distorsiones llevadas a cabo durante los años precedentes. En esas fechas habían aparecido corruptelas de todo tipo, que hacían deseable una denuncia de los intentos del gobierno inglés para cercenar las libertades de los británicos y, en particular, de los colonos. Ésas fueron las ideas de autores poco conocidos, como John Trenchard y Thomas Gordon, editores de las *Catos's Letters*, o bien el del vizconde Molesworth, que tuvieron un peso muy destacado en la elaboración del cañamazo revolucionario.

De hecho, para Bailyn, esta corriente fue tan o más importante que los consabidos elementos anglosajones y grecolatinos que, sin duda, dieron forma a los documentos fundacionales de los nuevos Estados Unidos. Para el profesor de Harvard, la fuente principal de ese “discurso revolucionario” fue el conjunto de escritores que encontraron en el panfleto su forma más genuina de expresión. Aprovechando el discurso radical y “verdadero whig” de la Guerra Civil inglesa, adecuaron sus quejas no hacia un monarca arbitrario, sino ante una metrópoli degenerada y corrupta, que sólo valoraba la colonia norteamericana como una fuente de ingresos.

El lector puede seguir con comodidad la argumentación de Bailyn, pues sus ideas están expuestas con orden y precisión. Su obra, traducida al español por Alberto Vanasco en 1972 y ahora reimpressa, está articulada en seis capítulos y rematada por un *Postscriptum* que apareció en la versión de 1992, traducido para la edición que aquí se comenta por Antonio Lastra. Dicho *Postscriptum* permite enlazar los intereses de Bailyn con los de la historia constitucional americana, es decir, con los de la época inmediatamente posterior a la tratada en el resto del libro.

Esta edición tiene también otro importante aliciente: el estudio preliminar de Víctor Méndez Baiges, Profesor Titular de Filosofía del Derecho de la Universidad de Barcelona. Las páginas que dedica a la contextualización de la obra son de gran valor para hacerse cargo de la importancia de las tesis de Bailyn y de la enorme ruptura que supusieron en la historiografía de las ideas. Paradójicamente, hoy Bailyn es un autor que se ha convertido en un clásico, que a su vez ha sido abordado críticamente por los autores que se sentían más cercanos a las tesis tradicionales.

El profesor Méndez ha dedicado sus mejores páginas a la historia del pensamiento político ilustrado y revolucionario, con trabajos sobre Locke, Sade, Smith y sobre la Revolución Francesa. Todo su estudio preliminar está concebido como un ensayo de contextualización de las ideas de Bailyn desde la óptica del discurso revolucionario. Al plantear la obra de este profesor norteamericano como una ruptura ideológica y una obra eminentemente crítica, se subraya mejor su efecto intelectual y político. En efecto, el libro se opone diametralmente, entre otras, a las tesis de Carl Becker y Louis Hartz.

Carl Becker, en un trabajo publicado en 1922, consideró que Locke era la piedra angular de la Revolución norteamericana⁴ y creyó que su influjo intelectual era indiscutible. Aún más comprometida, si cabe, era la tesis de Louis Hartz⁵, quien creyó que la ideología de los Estados Unidos de América se gestó paralelamente a las tesis de Locke. Pese a no explicar cómo los norteamericanos eran lockeanos *avant la lettre*, para Hartz existía una coincidencia tan absoluta entre las ideas de Locke y la manera de ser de los norteamericanos (partidarios de un "liberalismo natural" emparentado con el "individualismo posesivo" de MacPherson), que casi se produjo una influencia por ósmosis.

⁴ C. BECKER, *The Declaration of Independence*, Harcourt, Brace and Co., Nueva York, 1922.

⁵ L. HARTZ, *The Liberal Tradition in America. An Interpretation of American Political Thought since the Revolution*, Harcourt, Brace and Co, Nueva York, 1955.

Al decir de Víctor Méndez, “gran parte del mérito de *Los orígenes ideológicos de la Revolución norteamericana* consistió [...] en haber ayudado a la demolición de muchas de las ideas en torno a la Revolución que se habían construido más al servicio de las necesidades del presente que al de una verdadera voluntad de comprender el pasado. El libro de Bailyn tuvo el mérito de cortocircuitar un consenso que era capaz de identificar a América con una ideología y de proclamar a la nación, a la vez, alérgica a todo tipo de ideologías; que presumía sin pudor del carácter no revolucionario de la propia Revolución americana; que era capaz de sostener que una vocación práctica y autóctona era la responsable de la creación de determinadas instituciones políticas las cuales, no obstante, coincidían casi por casualidad con las que señalaría la mejor de las tradiciones del pensamiento; un consenso, en definitiva, que alababa el realismo y la sabiduría de los padres fundadores de la nación, pero que descartaba la mayor parte de su discurso como figura retórica, exageración paranoica o inconvincente propaganda⁶”.

En su estudio preliminar, Méndez Baiges también vincula a Bailyn con las tendencias intelectuales del republicanismo. No se trata de una referencia menor, pues la contribución de *Los orígenes ideológicos de la Revolución norteamericana* a la renovación de la historiografía política fue tan destacada que, puede decirse que, gracias a ella, se pudieron elaborar nuevos mimbres para una visión no-liberal de la Revolución americana. No deja de ser casualidad que un texto, que en su momento fue tan polémico, sea publicado actualmente en la colección de Clásicos del Pensamiento de Tecnos, poco tiempo después de haber reeditado a Locke, con un también excelente estudio de contextualización de Víctor Méndez.

Bailyn, por su relectura de los clásicos de los siglos precedentes, es ya un clásico del siglo XX. Por su vindicación del carácter antiautoritario de la Revolución norteamericana y por sus dudas sobre la sempiterna conexión entre el liberalismo de la metrópoli y de la colonia, *Los orígenes ideológicos de la Revolución norteamericana* ha resultado y puede seguir resultando incómodo y provocativo para ciertos lectores. Por esa razón, como bien ha recordado la editorial Tecnos con su magnífica edición, es un clásico de nuestros días.

RAFAEL RAMIS BARCELÓ
Universitat de les Illes Balears
e-mail: r.ramis@uib.es

⁶ V. MÉNDEZ BAIGES, “Estudio Preliminar”, p. xlvi.